

TRACY CHEVALIER

La maestra del vidrio

Traducción de Begoña Prat Rojo



**Duomo ediciones**  
Barcelona, 2024

## Una breve explicación del tiempo *alla veneziana*

**E**n la Ciudad del Agua, el reloj avanza a su propio ritmo. Venecia y las islas que la rodean siempre han parecido estar ancladas en el tiempo... y tal vez lo estén. Se trata de una ciudad construida sobre pilotes de madera encima de una laguna, recorrida por canales, y tanto su estética como su exquisita arquitectura se han conservado intactas a lo largo de cientos de años. Puede que ahora las barcas tengan motores, pero el tiempo todavía parece correr a una velocidad distinta que en el resto del mundo.

Durante siglos, uno de los deslumbrantes tesoros de Venecia ha sido el cristal de su isla hermana, Murano. El cristal es una sustancia peculiar, pues está hecho de arena que se vuelve translúcida o incluso transparente al fundirse. Hay cierta controversia acerca de si se trata de un sólido o de un líquido. Aunque los profesores de ciencias enseñaran a sus alumnos que, mucho después de enfriarse, el cristal sigue fluyendo, siempre a su propio ritmo glacial, y citaran para demostrarlo el ejemplo de los cristales de ventana viejos, que en ocasiones son más gruesos por abajo que por arriba, se equivocaban. Lo cierto es que el cristal no fluye hacia abajo con una lentitud imperceptible para agruparse en la parte inferior de la ventana: el grosor desigual es el resultado de cómo se hacían los cristales de ventana en el pasado. Pero tal vez el mito se haya perpetuado porque deseamos creer que el cristal, como la isla donde se produce, se ciñe a sus propias leyes naturales. Que igual que Venecia y Murano, avanza a su propio ritmo.

La gente que crea cosas también tiene una relación ambigua con el tiempo. Pintores, escritores, tallistas, tejedores, tapiceros y,

sí, vidrieros: creadores que a menudo se sumergen en un estado de abstracción que los psicólogos llaman «flujo», en el que las horas pasan sin que se den cuenta.

A los lectores también les pasa.

Es sorprendentemente difícil establecer la velocidad a la que pasa el tiempo; si para otros transcurre más rápido que para uno mismo. ¿Cómo iba a saber uno si en un lugar todos los relojes se mueven a una velocidad diferente a la de otro sitio? ¿O si los artesanos de la Ciudad del Agua y la Isla del Cristal parecen envejecer más despacio que en el resto del mundo?

Primera parte

Copas, cuentas y delfines

# 1

Si lanzas una piedra plana con pericia y a baja altura por encima del agua, esta rebotará varias veces sobre la superficie, a intervalos largos o cortos, antes de hundirse.

Con esa imagen en mente, ahora sustituye «agua» por «tiempo».

Comienza en el extremo septentrional de Venecia, con la piedra en la mano y de cara a Murano, la Isla del Cristal, ubicada a media hora en góndola por la laguna. No arrojes la piedra todavía. Estás en 1486, en el apogeo del Renacimiento, y Venecia disfruta de su condición de centro del comercio europeo y de gran parte del resto del mundo. Parece que la Ciudad del Agua siempre será rica y poderosa.

Orsola Rosso tiene nueve años. Vive en Murano, pero aún no ha trabajado el cristal...

El canal no era tan profundo como creía Orsola. Al caer dentro, dio un respingo y se estremeció por lo fría que estaba el agua, mientras se hundía hasta que su pie tocó el fondo fangoso. En ese momento, todo lo que le había parecido tan profundo y poderoso perdió de pronto su misterio. Oyó gritar a su madre, pero cuando salió a la superficie, escupiendo y con el agua solo a la altura de los hombros, su hermano Marco se estaba riendo.

–¡Me has empujado! –chilló ella–. *Cretino!*

–Orsola, *basta!* –la regañó Laura Rosso–. Hay gente escuchando. Así era. Los habitantes de Murano estaban parados en la puer-

ta de los talleres que se alineaban en la *fondamenta*, riéndose de la chica Rosso sumergida en el canal.

–¡No te he empujado! –replicó Marco–. Eres tan torpe que te has caído sola, *bauca*! Qué hermana más tonta tengo.

Orsola, su madre y sus hermanos regresaban de visitar a su tía y su abuela en el otro extremo de la isla. Su *nonna* se había puesto enferma y, convencida de que iba a morir, había insistido en verlos, aunque había tenido las fuerzas suficientes para levantarse y darle a Orsola un saquito de piñones que había comprado hacía poco en el mercado, porque no quería que se estropearan si se moría. *Zia Giovanna* había puesto los ojos en blanco ante la ridiculez de la idea, pero Orsola había cogido con cuidado el saquito de su abuela y le había prometido que se lo daría a Maddalena, su criada. Los Rosso regresaban de la visita por un lado del Rio dei Vetrai –el canal de los Vidrieros, que atravesaba la zona de Murano donde se hallaba gran parte de los talleres de cristal–, cuando Marco había chocado con fuerza con Orsola, que había dado un traspié y había caído al agua, aunque había tenido los reflejos de lanzar la bolsa a su espalda antes de hundirse. Fue ese detalle el que la familia destacaría más adelante cada vez que contaran la historia: que la joven Orsola había tenido la presencia de ánimo suficiente para salvar los preciados piñones.

Giacomo, el hermano más amable y, en consecuencia, menos interesante, bajó por unos escalones cercanos cubiertos de algas y, tras arrodillarse sobre el limo, estiró el brazo y tiró de Orsola hasta subirla por la escalera pringosa. Ella cayó sobre la *fondamenta*, jadeando y escupiendo agua, y se quedó un momento allí tendida, muerta de vergüenza. Solo los borrachos se caían en los canales, o la gente que salía por la noche y perdía el rumbo en la oscuridad.

Laura Rosso ayudó a su hija a ponerse en pie y empezó a secarla con su chal.

–Estás helada y sucia –murmuró y, tras echar un vistazo a su alrededor para asegurarse de que la gente había perdido el interés en la escena, señaló con la cabeza una puerta cercana–. Deberías ir a donde los Barovier para entrar en calor con su horno.

–No puede –intervino Giacomo–. Nunca la dejarán entrar.

–No van a dejar que una niña pille un resfriado de mil demonios, aunque sea la hija de un rival. –Laura miró a través de las filigranas de hierro de la ventanilla de la puerta, con expresión calculadora, y a continuación la abrió e hizo señas a su hija para que se acercara–. Tú no digas nada. Mantén los ojos bien abiertos y luego me cuentas todo lo que veas.

Orsola vaciló, pero su madre no era alguien con quien se pudiera discutir. Y además tenía frío y estaba mojada, y el cercano horno resultaba muy tentador; desde donde se encontraba, podía oír su rugido apagado. Se escabulló al interior, tras lo cual su madre cerró la puerta y la dejó aislada de su familia. Al volver la cabeza para mirar por la ventanilla, vio la sonrisita de Marco, la cara de preocupación de Giacomo y el gesto de la mano de Laura para que siguiera adelante.

Orsola avanzó por un pasaje que daba a un patio, desierto de personas pero atestado de cajas y carretillas llenas de cristales rotos, madera apilada y largos bastones de cristal de diversos colores apoyados contra la pared. El suelo del patio, que no parecía estar muy ordenado, centelleaba con esquirlas de cristal, como una escarcha multicolor. A su alrededor se alzaban varias pequeñas construcciones: un almacén con más cristal, además de la ceniza, la arena y la cal para producirlo; una habitación con la puerta entreabierta, donde vislumbró estanterías abarrotadas de platos, cuencos y fuentes, hileras de jarrones de distintas formas, tamaños y colores, y lámparas de araña como pulpos enmarañados, todo a la espera de que lo embalaran y, en último término, lo enviaran en barco a Ámsterdam, Lisboa, Londres, Hamburgo o Estambul, ciudades de las que a veces Orsola oía hablar a su padre. A un lado había una tiendecita donde los visitantes podían comprar una variedad de productos ya terminados.

La disposición del local de los Barovier era parecida a la del taller de la familia de Orsola, aunque el suyo era más pequeño y Lorenzo Rosso era muy meticuloso con el orden y la limpieza. Sus aprendi-

ces se quejaban porque se pasaban los primeros meses organizando las herramientas y arrastrando carretillas de un lado a otro, sin tocar ni de lejos el cristal caliente. Cada taller tenía su propio estilo, marcado por el carácter del maestro. Por lo visto, el maestro Giovanni Barovier era del tipo desordenado.

A pesar de ello, los Barovier eran las estrellas del mundo del cristal. A partir del desorden, el padre de Giovanni, Angelo Barovier, había ideado innumerables invenciones, como el *cristallo veneziano* –vidrio transparente que transformó la manera de trabajar en Murano cuando otros maestros recibieron el permiso para copiarlo– y el *calcedonio* –un vidrio con aspecto de calcedonia–. Los Barovier también habían sido pioneros en la técnica de estirar el vidrio en largos bastones, que ahora usaban todos los vidrieros para confeccionar los elementos decorativos de copas, lámparas de araña y fuentes. Aunque Angelo había muerto hacía años, Giovanni había continuado la tradición, usando métodos cuyo secreto guardaba celosamente. Todas las familias de vidrieros tenían sus propias fórmulas secretas que protegían a cualquier precio, y no querían intrusos en sus lugares de trabajo que vieran qué se traían entre manos.

Titubeante, Orsola se quedó junto a la puerta que daba al taller. Desde allí oía el horno y los gritos que intercambiaban los hombres mientras trabajaban. ¿Qué estaba haciendo allí? La iban a descubrir y la echarían a la calle como un cuenco roto. Pero su madre se había mostrado firme, así que entreabrió la puerta y se coló dentro con un nudo en el estómago.

El taller estaba lleno de hombres que metían y sacaban del horno punteles –largos cañones de hierro– con globos de vidrio fundido en un extremo, les daban unas vueltas rápidas, los hacían rodar sobre un mable –una plancha de hierro plana–, los introducían en moldes de diversas formas y colocaban las piezas terminadas en el arca de recocado para que se enfriaran lentamente. Los niños eran los encargados de alimentar el fuego, barrer y llevar cubos de agua de un sitio a otro. Todos se movían alrededor del maestro, que estaba sentado a su mesa de trabajo. Orsola reconoció aquella particular



atmósfera de actividad frenética, aunque el taller de los Barovier era más grande y ruidoso, con más silbidos y gritos, que el de Lorenzo Rosso. Consciente de que lo mejor era quitarse de en medio, se acercó escurridizamente al fuego. Su movimiento llamó la atención de uno de los *garzonetti*, los chicos que ayudaban con los hornos con la esperanza de convertirse en *garzone*, los aprendices que se formaban en el trabajo del cristal. Estaba barriendo el suelo y, al verla, se quedó paralizado. Orsola se llevó un dedo a los labios. «No grites –le suplicó en silencio–. No me delates».

Entonces divisó a alguien plantado en medio de todos los atareados hombres que le hizo olvidar al *garzonetto*: una mujer cerca de la pared con los brazos en jarras. Todo en ella era cuadrado: sus anchos hombros, su frente, hasta el moño de pelo cano sujeto con horquillas. En contraste con la actividad que la rodeaba, permanecía muy quieta.

Era Maria Barovier, hija de Angelo y hermana del maestro Giovanni. Orsola había oído hablar de aquella mujer y la había visto de lejos, caminando con paso firme por la *riva* o a través de Campo Santo Stefano, o sentada en misa, con los ojos cerrados como si durmiera y la barbilla afilada como una espada. Maria Barovier, una de las pocas mujeres que trabajaban el vidrio y que hacía caer sobre los necios todo el peso de su lengua viperina. La conocían como Marietta, pero Orsola pensó que el diminutivo no encajaba con una mujer tan formidable.

En ese momento fruncía el ceño mientras observaba un grueso bastón de cristal que sostenía ante ella uno de los *garzoni*, un chaval de cara delgada que tendría uno o dos años más que el hermano de Orsola, Marco.

–No, el rojo tendría que destacar más, para equilibrar; si no, la cuenta quedará absorbida por el blanco y el azul. ¿Es que no escuchas nunca? –Su voz era grave y sonaba irritada–. ¿Dónde está el molde? Tendré que volver a enseñártelo y ya estoy harta.

El chico tenía la expresión atemorizada de la mayoría de los *garzoni* nuevos que estaban inseguros de su posición. Al apartar la mirada de su empleadora, sus ojos se posaron en Orsola. Eran muy oscuros, casi negros, y Orsola se quedó clavada en el sitio.

Maria Barovier siguió la mirada del muchacho. Su ceño no se relajó, ni siquiera cuando se fijó en el limo del canal que cubría la parte delantera del vestido de Orsola.

–Fuera, Rosso –vociferó–. *Spia*.

Orsola salió disparada y casi se arañó con la puerta en sus prisas por salir. Absortos en el cristal, los hombres ni siquiera se dieron la vuelta; aquel era un drama para mujeres y aprendices. Cruzó el patio haciendo crujir los cristales hasta llegar a la puerta de la calle y salió de nuevo a la *Fondamenta dei Vetrai*. A pesar de que solo se había ausentado unos minutos, le habían parecido horas, como si hubiera entrado y regresado de un mundo totalmente nuevo. Su familia se había esfumado. Estarían esperándola en casa y su madre le pediría un informe completo, aunque Orsola apenas había visto nada. Las familias que se dedicaban al cristal no eran hostiles entre sí, pero no compartían sus espacios, su trabajo, sus secretos. En alguna ocasión, los maestros bebían juntos y jugaban a las cartas, y se quejaban de los aranceles, de los mercaderes del Rialto que intentaban estafarlos al otro lado de la laguna o del Consejo de los Diez veneciano y sus nuevas directrices, que limitaban lo que podían producir. Pero nunca hablaban del cristal que fabricaban. Era típico de los muraneses apoyar a su isla y la industria en general, pero criticar el trabajo de los demás a sus espaldas: técnicas que no eran lo bastante refinadas, piezas poco originales o anodinas. Las suyas siempre eran mejores.

Orsola apenas había disfrutado del calor del horno de los Barovier durante un minuto, y seguía mojada y con frío. Echó a correr por la *fondamenta* y cruzó el Ponte di Mezzo en dirección a su casa. Bruno, un barquero joven y fornido al que conocían todos los muraneses, remaba por el canal y estaba a punto de agacharse para pasar bajo el puente cuando señaló con el remo el limo que veteaba la parte delantera de su vestido.

–¡Qué cochina estás hecha! –gritó–. Tu hermano me ha contado que has saltado al canal. ¿Qué, te estás entrenando para ser sirena o delfín?

—¡No he saltado! Me ha empujado él.

Bruno se rio.

—¿A cuál de los Rosso debería creer?

Ella frunció el ceño y siguió corriendo, ignorando los comentarios de los vecinos sobre lo sucia que iba y lo torpe que era. Al llegar a casa de los Rosso, empujó la puerta de hierro que daba al patio del cristal, con almacenes a un lado y otro espacio que llevaba a la casa de la familia en el otro. Al fondo del patio estaba el taller con el horno, encendido día y noche. No se permitía salir excepto en agosto y septiembre, cuando hacía demasiado calor para trabajar y los vidrieros se tomaban un descanso estival. A un lado del taller, un pasaje llevaba a un pequeño embarcadero en la laguna, desde el que los barcos podían llevarse las piezas de cristal para los mercaderes de Venecia o descargar la arena necesaria para producir el cristal, así como la madera para el horno: fardos de leña que unas grandes barcas traían constantemente de *terraferma*, el continente, donde había muchos más árboles que en las islas.

Orsola quería ir al horno del taller para secarse con su calor intenso y deslumbrante, pero estaba segura de que su madre esperaba que se presentara ante ella en cuanto llegara. Así que giró para cruzar el patio hasta la cocina, que tenía otro tipo de calor: un fuego más pequeño para cocinar, que no tenía que estar tan caliente para hervir el agua como hacía falta para fundir el cristal. A veces, cuando necesitaba mucho calor, o muy poco, Maddalena deslizaba los platos en diversas partes del horno del taller, aunque a Lorenzo Rosso siempre parecía incomodarle que entrara en su lugar de trabajo.

Al llegar a la cocina, Orsola se encontró a Marco sentado a la larga mesa donde la familia solía comer cuando hacía demasiado frío para hacerlo fuera, en el patio. Estaba dando buena cuenta de los piñones de su abuela, sin prisa pero sin pausa, mientras Laura Rosso picaba cebolla y Maddalena freía sardinas para preparar *sarde in saor*, el plato agri dulce que comían a menudo.

—¡El vestido! —gritó Maddalena—. Pero ¿qué has estado haciendo? ¡Quítatelo de inmediato!

Laura alzó la vista de sus cebollas.

–No has estado mucho rato. ¿Qué has visto?

Su impaciencia, sumada a la actitud despreocupada de Marco, que ahora lanzaba los piñones al aire y los iba atrapando con la boca, hicieron que Orsola se preguntara si lo habían planeado todo, y si él había chocado con ella a propósito para que cayera en el canal junto al taller de los Barovier y se viera obligada a entrar.

–Estaban muy ajetreados, muchos hombres –comenzó a decir.

–¿Qué estaban haciendo?

–No lo sé. –Se había quedado tan absorta mirando a Maria Barovier que no había prestado atención al maestro–. Copas, creo.

La mayor parte de los vidrieros hacían copas de vino, así que no era una suposición descabellada.

–¡Ni siquiera te has fijado en lo que hacían! –se burló Marco–. *Bauca!* Deberías haberme dejado entrar a mí.

Es decir que sí, que la habían mandado allí a propósito. Una pequeña parte de ella celebró haber sido la elegida en lugar de su hermano. Maddalena le quitó el saquito a Marco de un tirón.

–¡Deja de comer piñones o no quedarán suficientes para el *saor!*

–Estaba Maria Barovier –continuó Orsola.

–¿Marietta? –Laura Rosso dejó el cuchillo para concentrarse en las palabras de su hija–. ¿Qué hacía?

–Estaba hablando con un *garzone*. Abroncándolo por un bastón.

–Un bastón, ¿eh? ¿Lo has visto?

Orsola asintió.

–¿Cómo era de grueso?

–Como el pulgar de *papà*.

–¿Y de qué color?

–Rojo, blanco y azul.

–Extraña combinación de colores.

–Ha dicho que el rojo era importante. Para el equilibrio. –Orsola se interrumpió–. Rosso –repitió. Era el apellido de su familia. De pronto cayó en la cuenta de que Maria Barovier la había llamado por su nombre y que sabía quién era. Pero no le dijo a su madre

que la había llamado espía—. Era para hacer una cuenta. Y ha mencionado un molde.

—¡Cuentas! Cuentas de color rojo, blanco y azul. Y un bastón no solo estirado, sino también pasado por el molde. —Su madre se quedó pensativa—. *Per favore*, deja el vestido y la camisola en el montón y ponte algo seco. Y no digas ni una palabra a nadie sobre esa cuenta. Tengo que explicárselo a tu padre.

Orsola se quitó la ropa mojada y la dejó en el temido montón de ropa sucia, que nunca parecía reducirse. Los hombres y los chicos del taller sudaban tanto por el calor del horno que se cambiaban de ropa a diario, y su madre y ella se pasaban el día calentando agua y removiendo la colada en una tina llena de sosa cáustica con la que les escocía las manos, o colgando camisas, calzones y ropa interior junto al fuego para que se secaran, o tendiendo las sábanas mojadas en los campos de blanqueo de detrás del convento de Santa Maria degli Angeli. Laura Rosso detestaba la colada y Orsola tenía la sensación de que, cuando fuera lo bastante mayor para encargarse ella sola, su madre le cedería por completo la tarea, para que fuera Orsola quien acabara aborreciéndola.

Esa noche, Orsola se sentó en una esquina de la cocina con Giacomo y ambos empezaron a pasarse una canica que les había hecho el ayudante de su padre, Paolo. Mientras, Marco avivaba el fuego, Lorenzo bebía vino y Laura remendaba la manga de una de sus camisas, que se había quemado con un trozo de cristal caliente.

—Marietta Barovier está haciendo algo nuevo —informó Laura a su marido—. Había oído rumores entre las esposas de varios maestros, pero ahora lo sé con certeza. Está haciendo cuentas.

—Cuentas, ¿eh? —comentó Lorenzo Rosso—. No es algo que deba preocuparnos.

—Parece que son unas cuentas especiales. Cuentas muy elaboradas que podrían venderse bien.

—Pero nosotros no hacemos cuentas, así que no nos hará la competencia.

—A lo mejor deberíamos.